

LA ESCULTURA DE TITO LOMBANA

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

La exposición de Tito Lombana en la Biblioteca Luis Angel Arango (seis obras en total) nos puso —con sorpresa para la mayoría, que ignoraba sus años de madurez europea— ante una figura de primera importancia en la escultura de Colombia. Lombana entiende, como muy pocos en nuestro medio, que un buen artista ha de ser, por sobre todo, un concienzudo artesano. De allí el proceso implícito de morosidad, de paciencia en tensión, de búsqueda animada por un equilibrio sin distracciones, que parece haber dejado su huella en cada turgencia de estos bloques con finura y vocación aéreas. Porque este afinamiento de Tito Lombana, en una temática y en unos elementos que han de evidenciarla, es la forma más eficaz de lograr el albedrío, la gracia dinámica, la fluidez atmosférica de sus trozos de mármol. La sabiduría italiana —ese lento y seguro camino recorrido por la luz en las pupilas y las manos de los viejos maestros— al servicio de una tierra y unos seres que todavía no han logrado su bautismo estético, he aquí, como una ambiciosa síntesis, el programa para toda una vida, de este joven escultor. Esto explica que sus elementos —mármol rojo de Lévano y mármol rojo Collomandino— depongan su prestigio milenario y se sometan, con entusiasmo purificado por la línea, a moldear una circunstancia de estricto sabor americano.

Lombana se sumerge en el doble mar de su infancia y en el que ciñe a su Cartagena natal y regresa a la superficie con estas pescadillas, estas chernas, estos camarones que siguen palpitando en la quietud de la piedra. La íntima vida que los hace posibles —el alarde de claridad y apreado dintorno, de exultación corporal que anima sus criaturas— no desaparece al ser cristalizados escultóricamente. He aquí su verdadero triunfo. Porque Lombana, ojo y sensibilidad muy pronto, ha seguido, paso a paso, las últimas, las más inquietantes conquistas del arte contemporáneo en este concreto género. Sabe muy bien, por ejemplo, habiéndolos desmontado y estudiado con el benedictismo que le tipifica, hasta dónde llegan, en las últimas promociones, las consecuencias de un Brancusi o de un Gabo. Y ha experimentado, asimismo, el delirio de contorsión, la audacia por domeñar subjetivamente la materia, que alienta en las últimas escuelas. Todo esto lo ha percibido y practicado Lombana. Pero este escultor tiene su camino, su objetivo. Y lejos de separarlo de él, los conocimientos, como siempre que se trata de una vocación ineludible, lo centran y confirman en su ruta.

Desde este punto de vista, es un obcecado. Quiere su tierra y la luz repetida en esa tierra y en los seres que la pueblan. El lujoso resultado de sus estudios europeos, en especial en talleres y museos italianos, se vuelca entero en una fauna (los animales de la muestra son pocos pero trabajados con máxima intensidad) que le es propia por imperativo de los sentidos y de la herencia. Su exposición en la Biblioteca Luis-Angel Arango tiene, por ello mismo, la dignidad, el austero alborozo de un testimonio. Lo demás —lo que este escultor ha de rendir en un futuro que esperamos y deseamos muy vasto— será el resultado de esa energía que ya destacamos, de esa disposición para elegir la belleza, de ese ímpetu, extrañamente maridado con la contención y con la gracia, de que ha hecho tan acusado alarde en su última muestra.